

# Democracia e islamismo en las transiciones políticas árabes

Gema Martín Muñoz<sup>1</sup>

## RESUMEN

Tras el éxito electoral de los partidos islamistas en las elecciones democráticas celebradas tras las revoluciones árabes, este artículo presenta la naturaleza política y evolución histórica de esos partidos islamistas, y analiza las razones por las que han surgido como los principales actores del cambio democrático en las transiciones posrevolucionarias. A continuación, se estudian los diferentes contextos nacionales (Marruecos, Túnez, Egipto) y cuáles son las circunstancias y desafíos principales a los que se enfrentan esos gobiernos islamistas en el proceso de construcción democrática. Asimismo, se analiza la incidencia del modelo turco del AKP en el universo islamista árabe y en el imaginario social de esos países.

*Palabras claves:* Islamistas, Democracia, Revoluciones, Hermanos Musulmanes, al-Nahda, PJD.

## ABSTRACT

Considering the success of Islamist political parties in the democratic elections that took place after the Arab revolutions, this article deals with the political nature and the historic development of those parties. It analyzes the reasons why they emerged as the main actors of democratic change in the post-revolutionary transitions. It further studies the various national contexts (Morocco, Tunisia and Egypt) and its specific circumstances as well as the main challenges facing Islamist governments in the building of democracy. It's also analyzed the impact of the AKP Turkish model in the Arab Islamist movements as well as in Arab societies at large.

*Keywords:* Islamists, Democracy, Revolutions, Muslim Brothers, al-Nahda, PJD.

---

<sup>1</sup> Profesora Titular de Sociología del Mundo Árabe e Islámico en la Universidad Autónoma de Madrid y ex-Directora de la Casa Árabe de Madrid.

Las revoluciones árabes desencadenadas a finales de 2010 ponían fin a un ciclo histórico poscolonial caracterizado –cualquiera que fuesen sus diferentes etapas, jefes de Estado o regímenes– por el autoritarismo/totalitarismo como sistema de gobierno y relación con los ciudadanos<sup>2</sup>. Todo el orden político árabe se ha visto afectado, de manera directa o indirecta, por esa ola revolucionaria. En Túnez, Egipto, Libia y Yemen, los jefes de Estado eran depuestos y comenzaba un proceso de transición que busca instaurar un nuevo sistema democrático. En Bahrein la revolución se vio truncada por la represión del régimen con la inestimable ayuda de las tropas de Arabia Saudí y Emiratos Árabes y el silencio cómplice de la comunidad internacional. En Siria el violento proceso revolucionario continúa en marcha y, si bien Bashar al-Asad y su entorno han agotado todas las posibilidades de subsistencia, cuentan con factores que les está permitiendo resistir: la lealtad del ejército y los servicios de inteligencia, los apoyos de Irán, Hezbollah, Rusia y China, y la división que afecta al movimiento opositor-revolucionario.

Arabia Saudí y los países del Golfo, aún comprando el consenso social con su ingente renta petrolífera, no se han visto libres de un creciente descontento que demanda cambios políticos (Kuwait, Omán y Arabia Saudí, por este orden, son los más afectados).

La hasta ahora excepcionalidad de Argelia, Líbano e Iraq se explica respectivamente por las particulares y traumáticas experiencias de la guerra civil libanesa junto a la existencia de un liberalismo confesional que absorbe parte del descontento; por la descomposición del Estado iraquí a causa de la ocupación militar estadounidense; y por el carácter disuasorio que sin duda tiene en la memoria argelina el golpe militar de 1991 contra la transición democrática y la violencia aterradora que le siguió. Y los palestinos viven su diaria y permanente *intifada* contra la ocupación israelí de sus territorios.

Marruecos y Jordania, igualmente afectados por el movimiento contestatario, han combinado medidas socio-económicas (recibiendo una sustanciosa ayuda de Arabia Saudí, Kuwait, Emiratos y Qatar) con reformas liberales para prevenir por el momento la revolución, si bien el primero con más profundidad y celeridad que el segundo.

Jordania se enfrenta a un descontento creciente que no ha podido atajar tan eficazmente como Marruecos. El rey Abdallah ha llevado a cabo una serie de cambios muy superficiales con respecto a la constitución del gobierno y al primer ministro, pero sin que de ello se derive un cambio real en el viejo *statu quo* del régimen contra el que los jordanos no han dejado de expresar su desafecho en estos dos últimos años con continuas manifestaciones de inten-

---

2 G. Martín Muñoz, “Las revoluciones árabes y el fin del período poscolonial”. Revista *AYER* de la Asociación de Historia Contemporánea, nº 91, 2013.

sidad variable. Las reivindicaciones no van en el sentido de querer derrocar al rey, al que se considera un polo de estabilidad, sino en la búsqueda de un cambio real en los mecanismos de patronazgo y corrupción con que funciona el sistema. Las elecciones anticipadas del 23 de enero de 2013 que siguieron a esas tímidas reformas se celebraron con la puesta en marcha de una comisión electoral independiente pero sin modificar la ley electoral. Ésta establece un número reducido de diputados por listas de partidos en tanto que favorece a las candidaturas independientes a través de las cuales los leales al régimen monopolizan la Cámara de representantes. El resultado es que el Parlamento no cumple con su función de cámara legislativa independiente, representativa del mapa político del país y capaz de ejercer su papel de control del ejecutivo. En consecuencia, el principal partido de la oposición, el Frente de Acción islámica –rama política de los Hermanos Musulmanes–, junto a otros grupos políticos, boicotearon las elecciones. El resultado electoral fue un índice de participación débil (56% de los votantes registrados y 40% de los electores) y la constitución de un Parlamento muy similar al tan impopular que reemplaza; a lo que se une que la oposición no está en el parlamento sino en las calles. Débiles mimbres para generar consenso y estabilidad y afrontar la aguda crisis socioeconómica que padece el país (un problema crónico de desempleo y dependencia económica externa, recepción de oleadas enormes de refugiados, primero iraquíes y ahora sirios).

### 1. DE LA REVOLUCIÓN A LA TRANSICIÓN: EL TRIUNFO ISLAMISTA

Túnez, Egipto y Libia, a dos años de la revolución, se encuentran en los primeros pasos del proceso transitorio: elecciones libres, Asamblea constituyente y elaboración de una nueva constitución<sup>3</sup>. Marruecos aprobó en julio de 2011 una reforma constitucional de alcance político y en noviembre de ese

---

3 En Yemen el presidente durante 33 años, Ali Abdullah Saleh, no fue finalmente depuesto hasta noviembre de 2011 siguiendo la iniciativa del Consejo de Cooperación del Golfo que garantizó al expresidente y a sus más próximos aliados la inmunidad, pasando el testigo al que hasta entonces era su vicepresidente, Abd Rabbuh Mansur Hadi. Éste, tras pasar por las urnas, es el presidente transitorio que desde noviembre de 2012, durante seis meses, tiene la tarea de llevar a cabo un diálogo nacional de donde tendría que surgir el consenso sobre un nuevo “estado civil” en Yemen y su nueva constitución para a continuación convocar elecciones en febrero de 2014. Esa necesaria reconciliación nacional exige que el partido gubernamental del viejo régimen, Congreso General del Pueblo, totalmente en activo, se reforme en profundidad; que se tengan en cuenta las legítimas reivindicaciones del abandonado sur yemení, con representativos partidos políticos que se debaten entre el federalismo o la secesión; que se tengan igualmente en cuenta los legítimos derechos de los huthis (shiíes) del norte para su integración y abandono de las armas; y la comunidad internacional debe apoyar este proceso respetando su soberanía y evitando que el Yemen sea objeto de la lucha entre Irán, Arabia Saudí y EEUU.

año celebró elecciones. En todos los casos los partidos islamistas han salido vencedores o, en el caso de Libia, la segunda fuerza más votada.

En Túnez, en las primeras elecciones libres de octubre de 2011 en las que participaron 81 partidos más candidatos independientes, el partido islamista Al-Nahda fue el más votado, con el 41,4% de los votos (89 escaños sobre un total de 217), constituyendo un gobierno de coalición con dos partidos progresistas: el Congreso por la República (30 escaños), dirigido por Moncef Marzuqi, y el Ettakatol (20 escaños), liderado por Mustafa Ben Ya`afar. En Egipto, la rama política de los Hermanos Musulmanes, el Partido Libertad y Justicia, ganó el 47,2% de los votos en las elecciones legislativas celebradas en varias vueltas a finales de 2011 (235 de los 498 escaños del Parlamento), el 58% en los comicios a la Asamblea Consultiva (Majlis al-Shurà) en enero de 2012, y el 51,7% en las presidenciales de mayo de 2012, que llevaron a su candidato Muhammad Morsi a la presidencia de la República. En Libia, las elecciones legislativas de julio de 2012 dieron la victoria a las Fuerzas de la Alianza Nacional (39 escaños sobre 200 totales), lideradas por Mahmud Jibril, cuya orientación ideológica no es islamista pero no por ello deja de integrar un importante referente islámico, seguido del partido islamista –orientación Hermanos Musulmanes– de la Justicia y la Construcción (17 escaños).

¿Quiénes son esos partidos islamistas y por qué son los nuevos actores del cambio democrático?

El islamismo es un pensamiento político que ha estado presente y ha participado en el devenir histórico contemporáneo árabe. Desde su primer movimiento fundador, los Hermanos Musulmanes de Egipto en 1928, la experiencia política islamista cuenta con una larga trayectoria a través de la cual ha ido experimentado cambios, evoluciones y una gran diversidad de tendencias y corrientes diferentes. Entre éstas, las violentas son una pequeña minoría que ha atraído el gran impacto mediático sobredimensionando así su representatividad.

En realidad, dentro del universo islamista se deben distinguir tres corrientes generales con sus muy diferentes visiones del mundo, objetivos y actores.

La principal y mayoritaria es la política-reformista representada por el movimiento fundador de los Hermanos Musulmanes en Egipto y sus ramificaciones en Jordania, Siria, Palestina, Kuwait, Iraq, Líbano (en estos dos últimos países superados en base social por sus homólogos de raíz shií: al-Da`wa y Hezbollah), así como por los movimientos con raíces locales como el Partido Justicia y Desarrollo (AKP) en Turquía, el Partido por la Justicia y el Desarrollo (PJD) en Marruecos, el FIS en Argelia y al-Nahda en Túnez. Todos ellos, como partidos, aspiran a acceder al gobierno a nivel nacional, centrándose en el marco de su respectivo Estado-nación, actuando dentro del orden constitucional y rechazando y denunciando la violencia. Representan

una visión reformista y no insurreccional e invocan las normas democráticas universales. La evolución histórica y la necesaria adaptación a los cambios en el seno de la sociedad han ido imponiendo una mayor politización y pragmatismo en estos movimientos.

Otra corriente es la representada por los movimientos de predicación, entre los que destacan el movimiento Tablig, de origen paquistaní, y la tendencia salafí. En ambos casos acceder al poder político no está entre sus intereses y objetivos, por el contrario, estos son la preservación de la autenticidad islámica, su fe y moralidad que buscan extender a través del trabajo social y misionero. Normalmente muy conservadores y rigoristas, no por ello deja de darse diversidad de visiones entre esta tendencia. En ese diverso universo salafí, tradicionalmente apolítico y en muchas ocasiones instrumentalizado por los regímenes árabes para contener el activismo de oposición del islamismo político-reformista, se han dado evoluciones dispares por parte de algunos grupos (unos pasándose a las filas de la corriente armada y violenta desde la extensión del modelo al-Qaeda, y otros entrando por primera vez en la política institucional tras las revoluciones árabes, como ha sido el caso en Egipto).

La tercera corriente es la que defiende la lucha armada y practica el irredentismo violento a través de ataques y atentados terroristas. Pero en esta tendencia hay que distinguir también variantes de origen y objetivos. Las primeras ramas que instauraron esta corriente islamista (al-Yihad, Takfir wa-Hiyra, Hizb al Tahrir) se conformó en los años setenta, consecuencia de la radicalización que generó entre militantes de los Hermanos Musulmanes la experiencia de la represión, tortura y brutalización a la que fueron sometidos por los regímenes socialistas de los años sesenta, particularmente el naserista y ba`zista sirio. Rompieron con la asociación madre, reprochándole su visión reformista y legalista, y constituyeron, al ser liberados de las cárceles por Anwar al-Sadat (que quiso manipular la tendencia islámica contra la base social naserista), esos primeros grupos clandestinos radicales. Dichos grupos se originaron por causas internas y su objetivo fue combatir a los regímenes árabes considerados impíos y contra los que exclusivamente dirigían sus ataques (al-Yihad asesinaría al presidente egipcio Sadat en octubre de 1981 por su firma de los acuerdos de Camp David con Israel). A mediados de los años noventa, surgirá una nueva y diferente corriente global o internacionalista cuyo origen no vendrá de evoluciones políticas internas y cuyo objetivo serán actores externos: Occidente y su política en Oriente Medio, principalmente EEUU. Así nacían al-Qaeda y sus seguidores.

Finalmente, está el particular caso de Hamas, cuyo movimiento procede del islamismo político-reformista, pero que, en su lucha contra la ocupación israelí de Palestina, recurrirá durante un periodo a la lucha armada a través de la organización de atentados.

Por tanto, la extendida consideración de que el islamismo es un movimiento monolítico, fundamentalista, radical y amenazante ha sido fruto de una larga manipulación por parte de los regímenes árabes, aceptada como correcta y defendida por sus aliados occidentales, creando la amalgama entre unos y otros para negar toda legitimidad a las movilizaciones de oposición de referencia islámica político-reformista e ignorar irresponsablemente su derecho a existir y la gran base social con la que contaban en el seno de las sociedades árabes.

La ausencia aparente de los islamistas en las revoluciones iniciadas en 2010, permitió que se crease empatía entre los medios de comunicación occidentales y el movimiento ciudadano que luchaba contra su larga desposesión de libertades y derechos (políticos, sociales, económicos), pero generó entre algunos observadores y autoproclamados “expertos” el anuncio de que el islamismo había desaparecido. La combinación de desconocimiento y *wiseful thinking* les llevaba a equivocarse. El hecho, cierto, de que el liderazgo islamista no estuviese en la primera línea de la revolución, como tampoco lo estuvieron los demás partidos políticos, no significó que estuviese ausente en el cuerpo social que se manifestaba, sobre todo la nueva generación.

Desde el otoño de 2011, una vez las transiciones comenzadas, el paisaje político empezaba a mostrar que los partidos islamistas aparecían como la fuerza política que representaba el cambio para muchos ciudadanos. Las razones y factores que lo explican son diversos.

De los tres grandes pensamientos políticos presentes en el devenir histórico contemporáneo árabe, el islamismo no ha estado sometido al desgaste que han experimentado el movimiento liberal y de izquierdas que sí han estado presentes en diversos gobiernos de la era contemporánea con resultados muy poco satisfactorios. Sus respectivos fracasos están presentes en la memoria de la actual generación árabe<sup>4</sup>. Los islamistas gozan, pues, de la credibilidad de quienes han estado al margen de una escena política dominada por la corrupción y la arbitrariedad. Es más, no sólo al margen, sino que acabaron siendo sus principales víctimas, mientras crecía el descrédito de los otros partidos de oposición tradicionales. Desde la década de los noventa, representativos círculos laicos de oposición –liberales o de izquierdas– asumieron la posición de que el autoritarismo virulento de los regímenes era preferible a los partidos islamistas, erigidos como un mal absoluto. En consecuencia, el régimen los

---

4 Prueba de ello es que buena parte del activismo islamista procederá de jóvenes urbanos de los grandes sectores sociales excluidos del sistema clientelar del régimen y forman parte del proceso de modernización que ha tenido lugar en el mundo árabe poscolonial, con las enormes desigualdades que su anómala puesta en práctica ha generado de la mano de gobiernos autoritarios, ya fuesen de raíz liberal o socialista. G. Martín Muñoz, *El Estado Árabe. Crisis de legitimidad y contestación islamista*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2000.

instrumentalizó y cooptó en muchas ocasiones (los casos de Túnez y Egipto fueron paradigmáticos) en contra del supuesto enemigo común, a la vez que el enorme peso de la represión caía principalmente contra los islamistas ante el silencio cómplice de buena parte de esos otros movimientos de oposición. Han sido los más castigados y, por tanto, hoy los más beneficiados. Asimismo, los regímenes pudieron presentar a la tendencia islamista (calificada de “amenazante e indeseada”) como la única alternativa a ellos, atrayendo apoyos internos y el trascendental occidental para pervivir en el poder como el mejor de los males; pero, a su vez, buena parte del tejido social árabe interiorizaba la misma idea, de manera que por méritos propios y ajenos las otras oposiciones quedaron diluidas, unas, y desacreditadas otras. Y, hoy día, no tienen posibilidades de ganar unas elecciones democráticas por su escasa base social.

Sin embargo, la interactuación entre islamistas y otros actores políticos es una realidad que se hace posible, según los diferentes contextos, actitudes partidistas y resultados electorales. La falta de mayoría absoluta parlamentaria ha llevado al islamista partido del PJD en Marruecos a formar gobierno con otros dos partidos políticos, uno conservador y otro de izquierdas; en Túnez, por la misma razón, al-Nahda creó un gobierno de coalición con dos partidos progresistas, el Congreso por la República y Ettakatol<sup>5</sup>. Y es de señalar que estos dos partidos, con los mejores resultados electorales tras al-Nahda, fueron los que no incidieron en la estigmatización del partido islamista, en tanto que los que se dedicaron en la campaña electoral casi en exclusiva a ello, obtuvieron unos resultados de voto irrelevantes. Estas coaliciones de gobierno contribuyen a la normalización de los partidos islamistas en la esfera política e institucional, favorecen su adaptación a las formas de gobierno, bien distintas de las de oposición que hasta ahora siempre han desempeñado, y contribuyen a modificar las visiones creadas sobre el islamismo como un universo antagónico y excluyente, poniendo en evidencia que la polarización extrema que practican otros no es sino expresión de sus frustraciones políticas y campo de cultivo al servicio de los viejos regímenes.

Asimismo, los islamistas son partidos que proceden de un pensamiento con una larga tradición de actuación social y contacto directo con la población a través de una red bien estructurada de sociedad civil, en tanto que los otros partidos han actuado más desde su torre de marfil política. Según cre-

---

5 Aunque institucionalmente más articuladas a través de los gobiernos de coalición actuales, esas pasarelas políticas cuentan con significativos precedentes: en 1995 islamistas y troskistas, entre otros, se agrupaban en la búsqueda de una solución pacífica en Argelia (ignorada por la comunidad internacional y el régimen argelino); el Congreso Popular contra la Normalización (de las relaciones diplomáticas entre Jordania e Israel) creado por islamistas y la izquierda jordana en 1994; creación de un Foro Común en 2006 en Yemen entre la oposición islamista y socialista; alianza electoral entre Hezbollah y la mitad del arco político cristiano en el Líbano en 2006.

cían la corrupción y el clientelismo de los regímenes en el poder, importantes sectores de la población procedentes de las clases medias, de los ámbitos profesionales y de los jóvenes experimentaban la necesidad de búsqueda de valores éticos y morales que encontraron en un tejido social de referencia islámica. Por ello, una distorsión habitual ha sido creer que la base islamista se reduce a las clases populares más desprotegidas, así como ignorar que la referencia islámica es un componente habitual de la realidad cotidiana de una buena parte de esas sociedades. Por ello, la consideración de que el laicismo constituye una rígida cláusula de obligado cumplimiento para valorar el índice democrático en estas transiciones (cláusula enormemente laxa cuando se trata de analizar el papel de la religión en la esfera pública y política de nuestras sociedades occidentales), unido a la errónea comprensión del laicismo como un modelo de afirmación anti-islámica, constituyen otra importante distorsión. Todos los frecuentes pronunciamientos y expresiones que han ido y van en este sentido tienen el efecto bumerang de transmitir el mismo error a las sociedades musulmanas: que ser laico es ser anti-islámico. Asimismo, las experiencias laicas que se han vivido en el mundo árabe e islámico, lejos de ir unidas a beneficios democráticos, han sido buenas aliadas del despotismo, han beneficiado sólo a una élite frente al gran país social, y, en ocasiones, el laicismo ha servido de instrumento de manipulación occidental contra esos países y ciudadanos. La experiencia histórica no ha generado una memoria colectiva muy afecta a los resultados de un laicismo impuesto, elitista y anti-democrático. Es por ello que la democracia puede significar una oportunidad para el laicismo en el futuro, pero el laicismo por sí mismo no ha garantizado una oportunidad para la democracia.

## 2. MARRUECOS: LA EXPERIENCIA DEL PJD

Con el objeto de prevenirse de la ola revolucionaria que apuntaba con el Movimiento 20 de febrero en Marruecos, el rey actuó con gran celeridad. Tres semanas después de la primera manifestación del Movimiento del 20F se aprobaron una serie de medidas socio-económicas (creación de empleos públicos para universitarios y diplomados en paro; aumento del salario de los funcionarios entre un 21 y un 27%; incremento de la partida destinada a los servicios sociales en 5000 millones de dólares) y el monarca anunció una reforma constitucional, que introdujo cambios de envergadura política<sup>6</sup>.

---

6 Aprobada en julio de 2011, amplía las competencias del gobierno y del parlamento, sitúa al poder ejecutivo bajo la responsabilidad del gobierno; el primer ministro, nombrado por el rey, debe proceder del partido más votado en las elecciones; el rey pierde la cualificación de "sagrado" y el amazigh figura como lengua oficial. Abdallah Tourabi, "Constitutional Reform in Morocco: Reform in times of revolution", *Arab Reform Initiative*, noviembre 2011.

A continuación se convocaban elecciones legislativas el 25 de noviembre de 2011, en las que el partido islamista de la Justicia y el Desarrollo (PJD) salió vencedor.

El PJD ha sido el resultado de una progresiva transformación, reflejada en sucesivos cambios de nombre, en la que este partido ha ido privilegiando el aspecto político y buscando su normalización institucional. Abdelillah Benkiran, elegido secretario general del partido en 2008, será el artífice de esa transformación definitiva desde 1985. La primera participación política “consentida” del PJD fue en las elecciones legislativas de noviembre de 1997, cuando se le permitió presentar candidatos al abrigo de un partido legal, el Movimiento Popular Democrático y Constitucional dirigido por un líder histórico nacionalista, el Dr. Abdelkarim Jatib. Así inauguraban su presencia en el Parlamento marroquí con 9 diputados, a la vez que Marruecos iniciaba una política de integración controlada del islamismo distanciándose de las radicales estrategias de represión seguidas por Argelia, Túnez, Libia, Siria. Hasta entonces, la posición oficial del régimen de Hasan II se había basado en negar la evidencia, no reconociendo que existiese islamismo en Marruecos, a la vez que se ejercía una firme contención y represión hacia esos islamistas que oficialmente no existían. Las razones del cambio experimentado desde 1997 fueron varias: la necesidad de afianzar la credibilidad social de la reforma política que en aquel año inauguraba Hasan II, consciente del gran malestar existente y del peso que el islamismo tenía; el objetivo táctico de que el PJD, que no cuestiona la monarquía, hiciese sombra al más implantado Movimiento Justicia y Espiritualidad (*Al-`Adl wa-l-Ihsan*) del carismático shayj Abd el-Salam Yasin, cuya oposición contra la monarquía es legendaria desde el enfrentamiento personal entre Hasan II y el shayj Yassin en 1974<sup>7</sup>; a lo que se unía el propósito de Marruecos de no sucumbir en la deriva violenta que la política de erradicación del islamismo había traído consigo en la vecina Argelia.

El éxito electoral del PJD, convertido ya en partido legal, fue en progresivo pero controlado aumento (en las elecciones de 2002 fue la tercera fuerza política y en 2007 la segunda en escaños pero la primera en votos<sup>8</sup>). Ese control venía tanto por parte de la monarquía como de la propia autocontención del partido islamista. La monarquía marroquí ha mantenido el control de las reglas del juego pluralista a través de diversos medios, entre ellos la ingeniería electoral (división y número de circunscripciones y modo de escrutinio proporcional) para frenar el alcance del PJD. El PJD aceptó esas reglas para

---

7 G. Martín Muñoz, *El Estado Árabe. Crisis de legitimidad y contestación islamista*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2000, pp. 345-356.

8 M. Tozy (ed.), *Elections au Maroc. Entre partis et notables (2007-2009)*, Casablanca, Centre Marocain des Sciences Sociales & Konrad Adenauer Stiftung, 2010.

tranquilizar a la monarquía, a la sociedad política y civil no islamista y a las cancillerías occidentales. Su liderazgo ha preferido un proceso de integración progresivo que no asustase demasiado a nadie con un éxito electoral rotundo (en el 2002 se presentó sólo en la mitad de las circunscripciones).

En las elecciones de 2011, se daba un marco político con circunstancias nuevas. Los comicios debían ser el punto álgido que mostrase el alcance del cambio para tranquilizar los ánimos y la contestación social y, por tanto, debían organizarse de manera libre y transparente (aunque el PJD se mostró contrario a la deriva revolucionaria, no por ello dejó de transmitir implícitamente que, ante el fraude, podría unirse a la contestación). A pesar de la aprensión, conocida aunque nunca expresada, del rey hacia los islamistas, el PJD figuraba como favorito y, si bien la ley electoral podía limitar su éxito<sup>9</sup>, ya no había margen para la aplicación de otras estratagemas y mecanismos que lo impidiesen. Asimismo, este proceso electoral daría como resultado un primer ministro y un ejecutivo que, según la nueva constitución, ampliaban sus poderes e independencia con respecto al gabinete real, aumentando pues su interés y competitividad. En consecuencia, los resultados electorales mostraron en esta ocasión un mapa político marroquí más fiel a la realidad y, aunque por la alquimia de la ley electoral ningún partido podía sacar mayoría absoluta, el PJD tuvo un incontestable éxito. Ganó 107 de los 395 escaños parlamentarios (27,8% de los votos emitidos con un índice de participación significativamente mayor que en las elecciones anteriores de 2007: 45% frente al 37%). El PJD logró vencer a la poderosa Alianza por la Democracia (apelada el G8) compuesta por ocho partidos próximos al monarca con grandes notables y empresarios en su seno; superó su perfil de partido básicamente urbano obteniendo también buenos resultados en el medio rural frente a los notables; quedó en evidencia el profundo desgaste de la USFP (Unión Socialista de Fuerzas Populares) y la decepción que sus gobiernos habían producido entre la población desde 1998 (en Casablanca, tradicional granero electoral de la izquierda, la USFP no sacó ningún escaño, mientras el PJD ganó 17 de los 34 totales); y se levantó definitivamente acta de defunción del experimento que fue el PAM (Partido de la Autenticidad y la Modernidad) creado en 2008 por el amigo y consejero del rey, Fuad Ali al-Hikma, para desempeñar el finalmente fallido papel de ser una alternativa al PJD<sup>10</sup>. A todo ello hay

---

9 El PJD reclamó una reducción del número de circunscripciones (establecidas de manera que favorecen al país rural sobre el urbano) y adoptar un umbral del 6% de los votos emitidos para poder tener representación parlamentaria. El Ministerio del Interior rechazó dichas propuestas.

10 Fracaso y derrumbe ya anteriormente anunciado cuando el movimiento de contestación del 20F le convirtió en su primer blanco de crítica y denuncia, y cuando a continuación su creador y líder dimitió en mayo de 2011.

que sumar el hecho de que el PJD se ha beneficiado de haber representado a la única oposición en el sistema político institucional marroquí desde que en 1997 la tradicional representada en el Movimiento Nacional (Istiqlal, USFP, PPS, principalmente) pasase a formar parte de los gobiernos<sup>11</sup>.

Signo del cambio, Abdelillah Benkiran, líder de la lista más votada, alcanzaba la presidencia del gobierno. Tras más de un mes de negociaciones y contactos finalmente pudo formar gobierno con dos socios de coalición: el Istiqlal y el PPS (Partido del Progreso y el Socialismo). El primero conservador y defensor del tradicionalismo islámico y, el segundo, de izquierdas cuyas viejas raíces proceden del partido comunista marroquí.

La transacción para formar gobierno fue compleja y en filigrana, teniendo que integrar finalmente miembros próximos y elegidos por el rey (Aziz Akhenouj en Agricultura, Ahmed Tawfiq en Asuntos Islámicos, Charki Draiss, Yousef Lamrani y Abdelatif Loudiy como secretarios de Estado en Interior, Exteriores y Defensa, respectivamente, y la creación del puesto de Secretario General del Gobierno ocupado por Driss Dahak).

La difícil cohabitación con el rey se anuncia pues como clave de la nueva fase que sin duda va a poner a prueba la credibilidad de la independencia del gobierno marroquí y de la reforma pro-democrática del monarca, según la incidencia que alcancen las injerencias del rey y su entorno en la decisión de las grandes líneas políticas y económicas del país. Dicha credibilidad no sólo afectará a la respuesta del electorado del PJD (quien ya no puede utilizar la amenaza revolucionaria frente al Palacio), sino también a la credibilidad del alcance del cambio para prevenir la contestación social masiva que la monarquía marroquí quería ahorrarse. Asimismo, el nuevo gobierno marroquí, al igual que sus vecinos tunecinos o egipcios, se enfrenta al sustancial desafío de su capacidad para ofrecer resultados ante la impaciencia de una importante parte de la sociedad con respecto a su pésima situación socioeconómica (más del 30% del desempleo afecta a los jóvenes diplomados y licenciados que no han obtenido nunca un trabajo; el sistema económico sigue siendo muy clientelar, dependiente de la distribución de rentas y privilegios para una minoría de empresarios; algunas de las grandes mejoras de las infraestructuras y comunicaciones que busca capitalizar una imagen moderna de la monarquía –autopistas de peaje, tren de alta velocidad...– son gastos ingentes en beneficio de la necesaria modernización del país, pero que afectan a una minoría acomodada o rica que puede permitirse pagar el precio, en tanto que existen

---

11 Sobre las reformas y gobierno de alternancia de 1997 y su desarrollo posterior ver A. Saaf, *La Transition au Maroc. Le Purgatoire*. Rabat, Editions du CERSS, 2009. P. Vermeren, *Marruecos en Transición*, Granada, Almed, 2002 (primera edición en francés, 2001).

grandes deficiencias que aquejan a una mayoría de la población en educación, sanidad, vivienda, empleo)<sup>12</sup>.

Y finalmente, pero no menos importante, queda la asignatura pendiente del movimiento islamista *Al-`Adl wa-l-Ihsan*. Las razones de la exclusión de *Justicia y Caridad* en el sistema político proceden de los temores del poder marroquí (su contestación de la monarquía y su presumida gran base social) y de la automarginación del propio movimiento que bajo la visión de su fundador, el shayj Yassin, ha defendido la exigencia de cambiar el régimen antes de participar en él. Habitualmente se le ha calificado de radical frente al moderado PJD. Sin embargo hay que señalar que esta categorización se extrae arbitrariamente por la posición mucho más crítica e intransigente del primero hacia el sistema monárquico marroquí y no por el pensamiento islamista que cada cual representa. *Al-`Adl wa-l-Ihsan* pertenece al igual que el PJD al universo islamista político-reformista y en absoluto al radical<sup>13</sup>. No obstante, el nuevo orden político que se va abriendo en los países árabes y el reciente fallecimiento del fundador y su sustitución por Fatahallah Arsalan pueden implicar cambios significativos en su tradicional postura. Arsalan desde hace años ha representado prudentemente dentro del movimiento una posible línea partidaria de un mayor pragmatismo que les lleve a integrarse en la escena política e institucional del país. En cualquier caso, esto no podía tener lugar hasta la desaparición del venerado y firme fundador. El hecho acaba de acontecer y probablemente se experimentarán cambios sustanciales en el seno de *al-`Adl wa-l-Ihsan* de la mano de una nueva generación que es, sin duda, mucho más política. Y entonces será el momento de resolver otra de las claves del futuro político de Marruecos. No cabe duda de que la integración del PJD ha sido un muy importante paso para la necesaria normalización de las relaciones entre sociedad, sistema político e islamistas, pero no quedará aún resuelta en tanto quede pendiente *Al-`Adl wa-l-Ihsan*.

### 3. AL-NAHDA DE TÚNEZ

Cuando Ben `Ali llegó al poder en noviembre de 1987, tras dar un golpe constitucional contra el padre de la patria tunecino, el longevo Habib Bourguiba, buscó reforzarse en el poder lanzando un Pacto Nacional y un corto

12 Amin Alsaden analiza en profundidad los desequilibrios y paradojas de esos grandes proyectos de modernización y la contestación social que han generado en el informe *Averting a Moroccan Revolution. The Monarchy's Preemptive Spacial Tactics and the Quest for Stability*, German Institute for International and Security Affairs, septiembre 2012.

13 M. Tozy, *Monarquía e Islam político en Marruecos*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2000 (primera edición en francés en 1999). G. Martín Muñoz, "El islamismo reformista marroquí", *Afkar/Ideas*, n° 3, 2004.

periodo de liberalización controlada. En ese efímero momento, se permitió al partido al-Nahda, sin legalizarlo, participar con candidatos independientes en las elecciones tímidamente pluripartidistas de 1989. Este partido, liderado por Rachid Ghannouchi, era el heredero del Movimiento de Tendencia Islámica que cambiaba su nombre para compatibilizar la nueva ley tunecina de partidos políticos –prohibía el uso de referentes religiosos– y que había protagonizado un enfrentamiento de oposición radical contra el despótico régimen de Bourguiba.

En el despuntar de la década de los noventa, una vez consolidado en el poder, renovado el partido hegemónico gubernamental a su favor (RCD- Reagrupamiento Nacional Democrático) y recomfortado por el fiel apoyo de las cancillerías occidentales tras la Guerra del Golfo, el régimen de Ben `Ali recuperó la deriva despótica de su predecesor sometiendo a los islamistas, principal oposición, a una represión implacable. El despotismo paranoico del régimen se liberó aún más de cualquier cortapisa legal con la ley antiterrorista rápidamente aprobada tras los atentados del 11/S, creándose un vacío absoluto de derechos y libertades. Ni libros, ni webs, ni periódicos extranjeros escapaban a la férrea censura del régimen; incluso los invitados a participar en conferencias por universidades o instituciones tunecinas debían pasar por la aprobación previa del Ministerio del Interior. Obtener un pasaporte se convirtió en un privilegio y construir una casa, encontrar un trabajo, conseguir un crédito bancario o simplemente lograr la conexión eléctrica o del agua requerían el pago de sobornos y en muchos casos ser miembro del partido del gobierno, el RCD, (de ahí los 2,5 millones de militantes en dicho partido sobre una población total de 10 millones de tunecinos)<sup>14</sup>. A todo ello se sumaba, como en ningún otro caso, la apropiación manifiesta y visible de todos los recursos económicos del país por parte de la familia política del presidente de la República, los Trabelsi, siguiendo un método literalmente mafioso. Esta situación general se hacía aún más aguda en las regiones del sur, centro y oeste del país castigadas con el abandono y la marginación frente a la concentración de la riqueza y el poder en el norte y el este. Y fue en esta parte del país donde, desde 2008, comenzó un intenso movimiento huelguístico y donde, finalmente, detonó la revolución, cuando en Sidi Bouzid el joven diplomado Mohamed Bouazizi se quemó vivo reclamando una dignidad sistemáticamente usurpada. Finalmente, al calor de la revolución, el viejo régimen perdió el apoyo del ejército y de la gran organización sindical de la UGTT, lo que contribuyó al colapso definitivo de Ben `Ali y su régimen.

---

14 H. Ayeb, "Social and political geography of the Tunisian revolution", *Review of African Political Economy*, vol. 38, nº 129, 2011, pp. 469-470.

En menos de un año, Túnez pasó de una revolución a la elección de una Asamblea Constituyente cuya misión fue nombrar un gobierno transicional para, a continuación, redactar una nueva constitución y celebrar de nuevo elecciones en 2013. El partido al-Nahda surgió tras los comicios conformado como un partido nacional que rompió las divisorias entre ricos y pobres, costa e interior (fue el más votado en 26 de las 27 circunscripciones en que se dividió el país, incluida la modernizada y cosmopolita capital). Formaron gobierno con Al-Nahda los dos partidos que respondieron a la llamada de unidad nacional del primero: el Congreso por la República (CpR) y Ettakatol (los dos más votados tras el islamista, aunque con una gran distancia)<sup>15</sup>. Otros partidos, con algunas asociaciones civiles, basaron su política en una estrategia de crispación contra los islamistas, principalmente el Partido Democrático Progresista (PDP), con 16 escaños y el Polo Modernista Democrático, con 5, cuatro de ellos en Túnez capital. Este polo tunecino, minoritario pero con gran audiencia en el mundo europeo, representa la elitista modernidad francófona que para muchos tunecinos sirvió durante décadas para enmascarar el autoritarismo del régimen, por eso tuvieron resultados electorales irrelevantes. Esta parte de la sociedad tunecina comparte las visiones laicas radicales y anti-islámicas del modelo francés (carente de las matizaciones que se dan en otros modelos europeos como, por ejemplo, el Reino Unido, España, Italia o los países escandinavos), de manera que la discrepancia se convierte en un emotivo y virulento antagonismo con el islamismo. Las tensiones en el invierno del 2012 se expresaron en las universidades y en las calles con una polarización que no favorecía el necesario consenso y el diálogo para la elaboración del borrador constitucional, que en contra de las previsiones no ha logrado aún ser terminado. El 6 de febrero de 2013, el asesinato de autoría desconocida de Chukri Belaid, destacado miembro del PDP, desató la crispación y una profunda desestabilización del proceso político. El polo laico acusó al gobierno de al-Nahda, aunque nada tuvo que ver en dicho asesinato, reclamando su dimisión y generando una fractura entre el partido y el primer ministro Hamadi Jebali. Desde las instancias del partido al-Nahda se expresó la resistencia a perder el gobierno cuando había sido ganado en las elecciones democráticas y contaba con la soberanía popular, mientras el primer ministro optó por la estabilización del país y sacrificar esa mayoría, prometiendo la formación de un gobierno transitorio de tecnócratas que permitiese salir del bloqueo y alentar el consenso para finalizar el proyecto de constitución. Jebali acabó dimitiendo ante la imposibilidad de formar dicho gobierno de tecnócratas. No obstante, en el seno de al-Nahda prevaleció la idea de la negociación y

---

15 Moncef Marzouqí, del CpR, presidente de la República, Hamadi Jebali, del Nahda, primer ministro, y Mustapha Ben Ja'afar, del Ettakatol, presidente del Parlamento.

la renuncia a favor de la calma y la estabilidad, formándose un nuevo gobierno presidido por Ali Larayedh en el que, además de reproducir la coalición con el Congreso por la República y Ettakatol, al-Nahda renunciaba a cuatro ministerios clave: Interior, Exteriores, Defensa y Justicia, ocupados ahora por figuras independientes. Según declaraba el presidente de la República, Moncef Marzuqi, “la situación es ahora más clara tras haber alcanzado un amplio consenso para acelerar el borrador de la Constitución antes de junio... y celebrar elecciones entre octubre y noviembre”<sup>16</sup>.

En realidad, y a pesar de la intransigencia del polo laico, al-Nahda es uno de los partidos islamistas más liberales y hace tiempo que dejó de lado su objetivo de reislamizar la sociedad, como defendía en los años setenta y ochenta. La experiencia del exilio en Europa de su maestro-pensador, Rachid Gannuchi, quien ha declinado cualquier cargo en el gobierno, junto a muchos otros cuadros del partido potenció la reflexión y el conocimiento de las realidades sociales modernas europeas. El pensamiento religioso de al-Nahda ha estado muy vinculado a la aceptación de la dimensión histórica y la necesaria reforma islámica que ello exige para adaptarse a los nuevos contextos evolutivos de la sociedad. Este marco conceptual convierte la práctica islámica más flexible y más próxima a la vida real. En consecuencia, el pragmatismo del ejercicio del gobierno ha ido también dando pruebas de esa adecuación como, por ejemplo y muy relevante, la aceptación de al-Nahda de no introducir la *shari'a* o ley islámica como fuente de legislación en la nueva Constitución.

Por otro lado, el gobierno de al-Nahda se ha visto también desafiado por un salafismo intransigente que, a diferencia de Egipto, en el caso de Túnez es extra-parlamentario y, quizás por ello, tiene un perfil más radical. Los comportamientos radicales de estos salafistas dan pábulo a esos sectores de la modernidad francófona laica que no dudan en utilizarlos en contra de los islamistas de al-Nahda recurriendo a las viejas amalgamas. Por ello, el gobierno ha afrontado en filigrana las discrepancias internas generacionales e ideológicas existentes dentro de al-Nahda, entre sectores más liberales y más conservadores, así como la combinación entre la contención determinante contra los comportamientos violentos salafistas (como hizo con ocasión de las reacciones que generó entre estos sectores el islamófobo tráiler de la película contra Mahoma en septiembre de 2012) y el cuidado de no generar un choque radical porque esos salafistas no dudan en aprovecharse, en su contra, del descontento de los más desprotegidos que piden crecimiento económico y justicia.

Estas tensiones e inestabilidades, que podrían ser consideradas propias del proceso de construcción democrática si los radicales de ambos lados no

---

16 Entrevista en *Asharq Alawsat*, 28 de marzo de 2013.

las llevasen tan lejos, tienen lugar en el marco de una aguda crisis socio-económica y ante la desesperación creciente de muchos tunecinos a la espera de resultados que apunten en sentido positivo (el turismo, fuente económica sustancial del país, se ha derrumbado; el desempleo juvenil ha aumentado un 7% en un año, los inversores nacionales y extranjeros esperan a que se despejen las incertidumbres). A su vez, el gobierno tiene también ante sí la importante tarea de equilibrar los profundos desajustes entre las zonas desarrolladas y las del interior del país y llevar a cabo la urgente reforma de las fuerzas de seguridad, cuyo cuerpo de policía sigue teniendo un comportamiento dudoso y preocupante<sup>17</sup>.

#### 4. LOS HERMANOS MUSULMANES DE EGIPTO

Egipto no sólo ha sido la cuna del islamismo –donde nacieron los Hermanos Musulmanes en 1928- sino también el país árabe referente donde se han vivido sus principales experiencias y evoluciones. Durante el período de la monarquía semi-liberal (1923-1952) la Asociación de los Hermanos Musulmanes vivió su primer desarrollo como asociación legal y, en los años cuarenta, empezó también a participar en las elecciones legislativas del país. La institucionalización de la república, en 1952, y la posterior orientación socialista del régimen de Gamal `Abd el-Naser condujo a la ilegalización y represión implacable de las oposiciones políticas con los Hermanos Musulmanes a la cabeza. La vuelta de tuerca política que supuso la presidencia de Anwar al-Sadat (1970-1981) –desnaserización del régimen, alineamiento con EEUU, firma de la paz con Israel, liberalización económica autocráticamente dirigida– le llevó a utilizar a la tendencia islamista de los Hermanos Musulmanes como contrapunto a la izquierda naserista, tolerando su presencia y actividad social, aunque sin permitir su legalización. Desde entonces, los Hermanos Musulmanes volvían a la esfera pública egipcia bajo un registro que alternaría represión con permisión controlada por parte del régimen. Hosni Mubarak, que sucedía a Sadat tras su asesinato en 1981, alcanzaría una gran maestría en este juego político, conjugando la represión política con diálogos nacionales y aperturas que buscaban generar una engañosa catarsis socio-política en el país, y en las que se permitía a los ilegales Hermanos Musulmanes participar en alianza con otros partidos políticos legales o a través de las candidaturas independientes<sup>18</sup> (en las elecciones de 1984 obtuvieron 6 diputados y en las de 1987, 38 diputados; en las de 1995, un escaño; en las de 2000, 17 escaños).

<sup>17</sup> *Tunisie: Lutter contre l'impunité, restorer la sécurité*, Informe de International Crisis Group, nº 123, 2012.

<sup>18</sup> G. Martín Muñoz, *Política y elecciones en el Egipto Contemporáneo (1923-1990)*, Madrid, Ediciones de la Agencia Española de Cooperación Internacional, 1992; y de la misma

En 2004, ante la creciente contestación y sentimiento anti-estadounidense en la región por la invasión y ocupación militar de EEUU de Iraq, la promoción de la democracia en los países del Norte de África y Oriente Medio adquirió relevancia en la retórica internacional, buscando un placebo que calmase el indisimulable malestar<sup>19</sup>. EEUU, al igual que Europa, afirmaban que la promoción de la democracia era un factor crucial para su seguridad y para la estabilidad de la región pero no articularon una estrategia clara de aplicación. Depositaban la necesidad de la reforma en la predisposición de los gobiernos en promover el cambio, dado que no mostraron ningún compromiso sostenido en el uso de la condicionalidad como instrumento para la liberalización política. Dado el aspecto voluntario del plan propuesto, no se llegó a ningún resultado concluyente, como mostró la nueva experiencia egipcia de “reforma política”.

Al calor de esas iniciativas, el régimen de Mubarak buscó suavizar su imagen autoritaria desarrollando un nuevo proceso de *liberalización* a lo largo de 2005. Así, en septiembre, se celebraron las primeras elecciones presidenciales por sufragio universal gracias a una reforma constitucional que modificaba su artículo 76, pero imponiendo tan rígidas condiciones que bloquearon las posibilidades de éxito a cualquier postulante de los partidos de oposición (debían contar con al menos el 5% de los escaños parlamentarios para poder presentar candidato). El proceso permitió un dinamismo político que se expresó en la esfera pública de manera aparentemente novedosa, pero Hosni Mubarak se erigió como gran vencedor. En noviembre, se celebraron elecciones legislativas con un margen de transparencia mayor al habitual, sobre todo en lo relativo a la supervisión judicial del proceso. A pesar de seguir siendo una organización declarada ilegal, los Hermanos Musulmanes pudieron presentarse, en este caso con candidaturas independientes, y el hecho de que no se recurriese a la detención masiva de sus candidatos y representantes antes de las elecciones, como había sido habitual en los comicios precedentes, dieron un efímero margen de credibilidad al proceso. La primera ronda electoral anunció el éxito significativo que iban a alcanzar los Hermanos Musulmanes, superior al previsto por las instancias gubernamentales (no más de 40 escaños), de manera que en las sucesivas rondas tuvo lugar una interferencia masiva de las fuerzas de seguridad que ocasionó 11 muertos y numerosos heridos,

---

autora, “L’Égypte dans l’échiquier arabe face au mouvement islamiste”, *Hérodote. Revue de géographie et géopolitique*, 77, 1995, pp. 142-174.

19 Iniciativa presentada por EEUU en la cumbre del G8 del 9 de junio bajo la denominación ‘Partnership for Progress and a Common Future with the Region of the Broader Middle East and North Africa’, seguida de una nueva versión de la Política Europea de Vecindad y la Asociación Estratégica para el Mediterráneo y Oriente Medio en el Consejo Europeo del 17-18 de junio. En ambas, se incidía en la necesidad de avanzar en la democratización.

poniendo de manifiesto la intolerancia al simbólico éxito de los Hermanos Musulmanes. Al final del proceso habían sido detenidos en torno a 1300 militantes y seguidores del partido islamista. Aunque el partido gubernamental (Partido Nacional Democrático) retuvo una gran mayoría absoluta de escaños (316, el 73% del total), los Hermanos Musulmanes alcanzaron 88 escaños. Estos resultados, aunque contenidos sobre la marcha del proceso, reflejaban su popularidad y el peso creciente de su más joven y pragmática generación, partidaria de crear un partido político que dejase a la Asociación su característica función de trabajo social. Tras las elecciones, lanzaron una campaña nacional e internacional para transmitir su compromiso con los procedimientos democráticos y su interés en centrarse en la reforma política y no en la islamización de Egipto. La resistencia de las autoridades gubernamentales a continuar con este proceso político reformista no sólo se traslució al anunciar que las elecciones municipales, previstas para el 2006, eran pospuestas hasta el 2008, sino también en la recuperación de la deriva totalitaria (las elecciones municipales de 2008 y las legislativas de noviembre de 2010 fueron abiertamente fraudulentas). La *reforma controlada* de Egipto perdía su naturaleza reformista al comprobar el régimen que había sido insuficientemente controlada.

A lo largo de treinta años, con todas estas maniobras y juegos políticos, el régimen de Mubarak buscaba fragmentar y neutralizar a los partidos de oposición, pero creó la paradoja de contribuir a islamizar el discurso político egipcio (en los ochenta, cuando partidos políticos de oposición no-islamista buscaron la alianza permitida con los Hermanos Musulmanes para beneficiarse de su base social; después simplificando la competencia ideológica en una divisoria simplista y crispada: laicismo vs. islamismo, conduciendo a partidos políticos liberales y de izquierdas a espectaculares aproximaciones al gobierno que los han invalidado como una alternativa creíble al régimen).

El 11 de febrero de 2011 la revolución del Tahrir ponía fin a las tres décadas de monopolio del poder de Hosni Mubarak y su familia (su hijo Gamal estaba siendo preparado para suceder al padre bajo la influencia de la cada vez más poderosa esposa del presidente, Susan). La transición egipcia comenzó con una difícil cohabitación entre diferentes legitimidades (la revolucionaria, la militar –el Consejo Superior de las Fuerzas Armadas se erigió como garante del período transicional– y la democrática, instaurada con los comicios convocados: elecciones legislativas y presidenciales). La militar perdió toda credibilidad cuando el CSFA mostró su escaso interés por el desarrollo democrático, y la revolucionaria –intangible y manipulable– es erigida y utilizada por los diferentes sectores egipcios al servicio de sus intereses. El único hecho objetivo es el de la legitimidad democrática, representada por el éxito electoral islamista. Dicho éxito se ha visto ampliado en el caso de Egipto por

la decisión de los salafistas de participar en el proceso electoral, a pesar de nunca antes haber tenido interés en la integración política. Por el contrario, durante mucho tiempo su carácter *apolítico* atrajo el interés del régimen quien les instrumentalizó para hacer sombra al islamismo político de contestación de los Hermanos Musulmanes. Su sorprendente buen resultado electoral (el partido *al-Nur* ganó el 24% de los votos: 123 escaños de 498 totales) no fue ajeno a los enormes recursos financieros que manejan, buena parte procedente de organizaciones saudíes. La distinción entre salafíes y Hermanos Musulmanes es un factor importante a tener en cuenta, representan visiones, experiencias y actores muy diferentes. Los primeros desafían a los segundos en términos islámicos, presionándolos en contra de su reformismo religioso y su adecuación a los cambios sociales. De ahí la difícil situación de los Hermanos Musulmanes, desafiados por el salafismo en su registro islámico y con una enorme dificultad para mejorar la situación egipcia (economía en gran recesión, y el aparato del Estado y la seguridad sin renovarse de las viejas estructuras y personas del antiguo régimen). Asimismo, la línea oficial de los Hermanos Musulmanes afronta disensiones internas, reflejadas en la pérdida de relevantes figuras del mismo, como la de Ibrahim al-Hudaibi (nieto del sexto Guía del movimiento) y la de Abdel Monem Abulfutuh, partidarios de democratizar más la organización interna del movimiento. El sentimiento de cambio que trajo la “primavera” egipcia acabó, incluso, potenciando la creación de nuevos partidos islamistas alternativos, generacionalmente más jóvenes y liberales, como al-Tayar al-Masri (Partido de la Tendencia egipcia), al-Nahda o al-Riyada, a los que se sumaba ya el partido al-Wasat (del Centro), primera disensión generacional de los Hermanos Musulmanes en los años noventa. Al-Tayar al-Masri y al-Nahda se integraron en una Alianza electoral con partidos de izquierdas, rompiendo simbólicamente la polarización islamistas/laicos. Si bien, al igual que les ocurrió a los otros partidos de reciente creación, su capacidad de movilización electoral resultó muy limitada. Los representativos 10 escaños que ganó al-Wasat, que sí cuenta con un arraigo de más de una década, apunta a la potencial relevancia y posible desarrollo de un islamismo más liberal y reformado.

A todo ello se ha sumado un movimiento de contestación que ha colocado en el mismo campo a la oposición anti-islamista (a la que se suele denominar laica) y a los actores vinculados al viejo régimen interesados en bloquear la transición democrática. Los primeros achacan al presidente Mursi y a los Hermanos Musulmanes una deriva autoritaria, los segundos aprovechan el enfrentamiento y se suman a las manifestaciones para sembrar la violencia y la desestabilización en un momento clave de la transición. Así, en el frente anti-Mursi se combinan los perdedores en las elecciones (como Al-Baradei) y

los perdedores del viejo régimen (como Ahmed al-Zind, presidente del Club de Jueces, fiel aliado del antiguo presidente).

Egipto vive una nueva reproducción de la pinza entre el viejo régimen y los grupos de oposición laica enarbolando la defensa de la democracia. Lo cual es la peor combinación posible para estabilizar la transición. Por su parte, el presidente Mursi cometió el error de sacar músculo con una dudosa legislación que le daba poderes sobre la judicatura, sin prever irresponsablemente que ello desencadenaría de nuevo esa vieja alquimia de la cultura política egipcia basada en el cinismo y la desconfianza.

Muhammad Mursi, en noviembre de 2012, se dotó temporalmente de poderes extraordinarios para, según declaró, contener al Tribunal constitucional, en su mayor parte adscrito al antiguo régimen (todos sus jueces fueron nombrados por el gobierno de Mubarak), para que su inminente fallo no paralizase la transición política (anulación de la Asamblea constitucional y, por ende, del texto de la nueva constitución). La Judicatura egipcia, con el fiscal general a la cabeza quien bloqueaba los juicios contra los ejecutores de la violencia contra la revolución del Tahrir, seguía estando dominada por los leales al viejo régimen y se había dedicado a disolver las instituciones elegidas democráticamente (en junio de 2012 disolvió el parlamento y se disponía a hacer lo mismo con el Comité constituyente que a continuación se formó). La oposición laica comenzó desde entonces a expresar su rechazo contra la nueva instancia constituyente y a valerse de la dudosa base legal de la judicatura mubarakiana. Argumentaban que la Asamblea constituyente estaba dominada por los islamistas y no aceptaban el borrador de la constitución que estaban realizando. El decreto de Mursi en noviembre fue decisivo para poner freno al bloqueo político que el Tribunal constitucional buscaba, pero supuso un gran coste político polarizando aún más la esfera pública del país. Y aunque dio marcha atrás con respecto al decreto, la situación se había ya crispado. Tratando de poner fin a la crisis, el borrador de la Constitución se terminó apresuradamente y se sometió a referéndum en diciembre de 2012, siendo aprobada por el 62,69% de los votos. En abril de 2013, si el diálogo y el consenso se abren camino por parte de Mursi y si el “no-a-todo” de la oposición cambia también de actitud<sup>20</sup>, deberían realizarse unas nuevas elecciones legislativas de las que surgiría el nuevo gobierno.

---

20 Por ejemplo, tras ganar las elecciones legislativas los Hermanos Musulmanes, la oposición defendió con tesón la necesidad de establecer en la nueva Constitución un sistema presidencialista fuerte, toda vez que en un comienzo los Hermanos Musulmanes dijeron que no iban a presentar candidato a las presidenciales. Cuando su candidato finalmente presentado ganó las presidenciales, abanderan una campaña contra la nueva Constitución porque consideran que es presidencialista.

La nueva Constitución está lejos de ser perfecta por el momento. Las referencias a la jurisprudencia islámica como fuente de legislación en el artículo 219, introducido por el sector de al-Nur, sinceramente inquietan por la interpretación que puede emanar del grupo que lo ha inspirado. A lo que responden los miembros del partido Libertad y Justicia de los Hermanos Musulmanes que cualquier interpretación basada en ese artículo que atente a las libertades y los derechos humanos, quedará prescrita por los artículos 6, 8 y 9 que garantizan las libertades, los derechos humanos y la no discriminación entre sexos, raza y religiones. Por otro lado, la tensión entre el sector militar y civil, realidad que sobrevuela la transición<sup>21</sup>, se ha saldado constitucionalmente con concesiones al primero, de ahí que se consienta que el ministro de Defensa sea un militar (art. 195), que el presupuesto de Defensa no pase por la aprobación parlamentaria sino que permanezca suscrita al Consejo de Defensa Nacional (encabezado por el presidente de la República, junto al primer ministro y altos cargos del ejército y de la inteligencia; pero en el que los militares tiene la mayoría –art. 197) y que se permita que tribunales militares juzguen a civiles “cuando un crimen dañe a las fuerzas armadas” (art. 198). Probablemente el siguiente pulso entre militares y civiles tendrá lugar, no sólo cuando el Parlamento tenga que fijar la lista de cuáles son esos crímenes, sino con la siguiente ley que debe llevar a cabo la sustancial tarea de la reforma del sector de la seguridad<sup>22</sup>. Por otro lado, la nueva Constitución establece la división de poderes en las instituciones del Estado y pone fin a los abusivos poderes presidenciales de las Constituciones egipcias anteriores.

La cuestión, quizás, esté en lo que escribía el director del Instituto de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad de Exeter, Omar Ashour: “la ruta alternativa de otra asamblea constitucional o el rechazo sin una vía alternativa (que es el punto en el que se encuentra la oposición por el momento) no garantizan un producto mejor. Para los egipcios la difícil cuestión está en hasta qué punto aceptar una constitución imperfecta ahora e intentar enmen-

---

21 En agosto de 2012 el recién elegido presidente de la República, Muhammad Mursi, logró superar el bloqueo y las escasas preocupaciones por la democratización que mostraba el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas (CSFA) apartando a los militares pacíficamente de la dirección de la transición política. El generalato egipcio, con una cultura patrimonialista de la nación ejercida desde 1952, prefiere permanecer como árbitro en la sombra, siempre y cuando se le garantice razonablemente la conservación de sus privilegios y no se ponga en riesgo la enorme ayuda económica de EEUU, de la que el ejército se beneficia particularmente.

22 Las iniciativas iniciadas por el gobierno con respecto a la reforma del sector de la seguridad fueron juzgadas insuficientes por la oposición (reforma de la Ley sobre la organización de la policía), pero en cualquier caso los trabajos del Parlamento en, ese sentido, quedaron paralizados cuando fue disuelto por el Tribunal Constitucional, con magistrados mayoritariamente leales al antiguo régimen. Es interesante señalar la iniciativa para Reconstruir la Fuerza de Policía creada por un grupo de oficiales pro-democráticos que han creado organizaciones como “Oficiales pero Honorables”, tratando de impulsar desde dentro la reforma de este sector.

darla más tarde (sólo se necesita el 20% de los diputados para solicitar una enmienda y dos tercios para aprobarla) o continuar en las calles hasta que algo ocurra. Y ese algo puede o no puede ser mejor que la institucionalización democrática con una imperfecta constitución”<sup>23</sup>.

## 5. LA INSPIRACIÓN DEL MODELO TURCO

Turquía se ha convertido entre el imaginario árabe actual en un referente como país en Oriente Medio que ha combinado islam y democracia, que ha sabido afirmar su política exterior en la región y que experimenta un desarrollo económico espectacular tras años de crisis y recesión. Existe, pues, la aspiración de alcanzar una realidad semejante a la conseguida por el gobierno del Partido Justicia y el Desarrollo (AKP, en sus siglas en turco) liderado por Recep Tayyip Erdogan, independientemente de que las experiencias históricas y los contextos nacionales respectivos sean quienes marquen en verdad las evoluciones políticas y no los imaginarios.

Este referente turco atrae, por un lado, a una buena parte de las sociedades árabes que, a través de la gran difusión y seguimiento de las series de TV turcas, traducidas al árabe<sup>24</sup>, han visto en este país la consecución de sus principales aspiraciones: transformación democrática, desarrollo económico y una forma de vida política de tipo liberal sin enajenarse con su identidad islámica. Asimismo, la política turca en Oriente Medio le ha convertido en un arquetipo para la región al ver cómo un Estado en esta región es capaz de dignificar su política exterior y abandonar el clientelismo que ha caracterizado la falta de soberanía de los regímenes depuestos (negativa del parlamento turco a usar su territorio para invadir Iraq en 2003, crítica firme a la política de Israel contra los palestinos –Gaza en 2008 y Davos en 2009–, la iniciativa de Turquía y Brasil para desbloquear las negociaciones sobre proliferación nuclear entre Irán y el G5+1). Las encuestas sociológicas anuales realizadas desde 2009 por la Fundación turca de Estudios Económicos y Sociales –TESEV–, muestran esta empatía como una tendencia sólida que se ha mantenido a lo largo de estos años. En la encuesta de 2011, publicada en 2012, de los 19 países del mundo que se sometían a valoración entre los encuestados árabes<sup>25</sup>, sólo Turquía superó el 70% de las respuestas “muy a favor” o “bastante a favor”;

23 *Egypt's Draft Constitution: How democratic is it?* Brookings Doha Center, 21 de diciembre de 2012.

24 M. Saurina Lucini, “El impacto de las series de televisión turcas en los países árabes”, *Araq. Revista de análisis y pensamiento sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo*, Nueva época, n° 4, 2011, pp. 29-47.

25 Túnez, Libia, Egipto, Jordania, Líbano, Palestina, Siria, Irán, Iraq, Yemen, Arabia Saudí y países del Golfo.

las más altas valoraciones se reflejaron en Libia (93%) y en Túnez (91%), y es de destacar que uno de las más altas se obtuvo en Arabia Saudí (89%). Sobre la valoración de Turquía como modelo, por su combinación de islam y democracia, Egipto y Túnez alcanzaron el porcentaje de respuesta más alto: 78% en ambos casos. Y es, asimismo, importante indicar que, mientras en la encuesta de 2010 la respuesta más popular a por qué Turquía puede ser un modelo fue “por su identidad musulmana”, en 2011 dicha popularidad pasó a “por su calidad democrática”<sup>26</sup>.

Unido a este sentir popular, los partidos islamistas, como el PJD de Marruecos, Al-Nahda en Túnez y los Hermanos Musulmanes en Egipto, han incidido persistentemente en que su naturaleza e intención está en la línea del AKP turco. Rachid Gannuchi, al volver a Túnez a principios de 2011 tras 20 años de exilio, afirmaba que “el mejor modelo en el que puedo pensar es el adoptado por el AKP en Turquía”<sup>27</sup>. De hecho las relaciones y contactos entre estos partidos y su homólogo turco han sido estrechas y constantes y se han querido visibilizar en las propias denominaciones de estos partidos: las palabras *Justicia* o *Desarrollo* están presentes en casi todos ellos (el marroquí se denomina exactamente igual que el grupo turco, el egipcio ha tomado el nombre de Libertad y Justicia, el libio Justicia y Construcción). Con este mensaje, estos partidos islamistas desean apaciguar los “miedos” y mostrar que el modelo iraní o de los talibanes es ajeno a ellos. La interacción entre la identificación islamista árabe con el modelo turco y la percepción social tan positiva hacia el mismo, sin duda ha inspirado también parte del voto en las elecciones democráticas en que estos partidos han ganado.

Pero Turquía representa también otro referente, cuya inspiración podría frecuentar los ánimos de algunos. Es la anterior Turquía de la clase laica kemalista con una modernización controlada por la tutela de los militares como actores políticos en la defensa antidemocrática de la laicidad (golpe de Estado de 1980, interferencias e intentos de conspiración contra el gobierno democrático de Erdogan, etc). Cuando Muhamed al-Baradei, por ejemplo, expresó que “esperaba” del ejército egipcio que cumpliera con su deber nacional e interviniera si “las cosas se iban de las manos”<sup>28</sup>, esperemos que no fuese más que una retórica irresponsable y no una opción deseable.

---

26 Un extracto de los principales resultados obtenidos en estas encuestas se encuentra en Mensur Akgün & Sabiha Senyücel, “La percepción de Turquía en Oriente Medio”, *Awraq*, Nueva época, nº 4, 2011, pp. 3-13.

27 Citado por N. Yilmaz, “Change in Turkey has shown another way for Middle East”, SETA, 2011.

28 Citado por O. Ashour, *Egypt's democratic dictator?* Brookings Doha Center, 3 de diciembre de 2012.

En conclusión, las revoluciones árabes de 2010-2011 fueron una gran oportunidad para todos los ciudadanos de esos países que por primera vez han podido elegir libremente a sus gobernantes. Las estrategias políticas, las injerencias externas y los contextos sociohistóricos han contribuido a que los actores sentidos como alternativa política hayan sido mayoritariamente los partidos islamistas, conjugándose así el binomio democracia/islamismo en esta primera etapa de las transiciones políticas. Sacar conclusiones apresuradas en estos primeros pasos de la transición sería un ejercicio de prepotencia histórica, pero tratar de torpedearlos y no respetar la soberanía popular sería igualmente un ejercicio de irresponsabilidad histórica. Las revoluciones tuvieron lugar por las ansias ya ineludibles de los ciudadanos árabes por regir su propio destino, con sus imperfecciones y sus aciertos. Son ellos los que tendrán que decidir sin injerencias indeseables cuáles son sus prioridades y sus elecciones en las siguientes etapas. Las transiciones son procesos largos que no se resuelven en un solo acto.

Recibido: 1 de mayo de 2013

Aceptado: 20 de septiembre de 2013